

mito de año nuevo:

Por FERNANDO BOASSO S. J.

huída de la historia

LA celebración de Año nuevo en el mundo moderno se expresa con actitudes que intentan traducir alegrías espectaculares. Pero ¿no es una *alegría contradictoria*? Porque implícitamente celebra el que se acorta la vida; y el que la muerte dé un paso más adelante... ¿Será alegría o enmascaramiento? Esos excesos, al dar las doce campanadas el reloj... ¿Miedo debajo de la diversión? Miedo de terminar: sí, hay que ahogarlo con fiestas exteriorizantes. Doce campanadas marcan el paso de la desnuda transitoriedad: es el Año nuevo. ¿Qué cara tiene la gente? No es de gravedad propia de quien medita que ha pasado un trozo de su vida. Si hay sincera alegría, es por una vaga esperanza en el año que se abre.

¿Qué hubo en el Año viejo? Ganancias y pérdidas: dichas y desdichas, subjetivamente siempre estimables. La memoria posee una capacidad selectora: retiene lo placentero y trata de difumar lo ingrato. Pero el humilde dolor cotidiano está ahí; y nuestra conciencia lo sabe.

horror de la historia

El tiempo concebido como una trayectoria siempre recta hacia adelante, irreversible, sin volver a empezar jamás y sin terminar jamás, resulta de una capacidad de horror aplastante. Porque no es un pasar ingenuo, diáfano, sin maldad; sino un pasar sembrando la semilla del dolor en el lote de la existencia humana. Además todos sabemos (sin haberlo aprendido nunca), que el tiempo oficia frecuentemente de vehículo aciago llevándonos a la muerte. Transita como un caballo negro... Cuando se mira hacia atrás abarcando un período de nuestra vida, descubrimos fácilmente una cadena de pequeñas desdichas: esas de cada día, sin relieve, sin nombre, sin categoría, ordinarias. Ni siquiera podríamos individualizarlas; más bien se confunden en una masa amorfa que pesa desagradablemente e insinúa la inutilidad de nuestra historia vivida. Por eso espontáneamente el hombre se resiste a admitir ese ritmo como una constante de su vida. El hombre no tanto se rebela contra el dolor, cuanto contra su *falta de sentido*. Si la historia, de hecho, comporta dolor infaliblemente y ese dolor no tiene sentido, hay que rechazar la historia. No basta consolarse con el hecho de que también la historia depara dichas.

Existe otra agravante: la historia es irreversible. Lo que pasa a nuestro lado lo hace con un gesto de despedida definitiva.

Surgen obviamente sentimiento encontrados frente a este devenir, porque el hombre desearía prolongar su propia historia al límite máximo. Terror de la historia; pero también deseo de vivirla superándola. Esto es típico de los pueblos primitivos. Bien lo significan, verbigracia, las esfinges rígidas de los egipcios, desafiadoras de eternidad.

Más adelante trataremos de develar el sentido mítico de la celebración de año nuevo. Pero adelantemos una reflexión: ¿qué significa, hoy, la espera del año nuevo y su proclamación estridente? Aspira ser una victoria: quiere cubrir la faz del año viejo y olvidarlo. Voluntad implícita de rechazo. Año nuevo es una "defensa" contra el pasado, contra su *transitoriedad* dolorosa, contra un devenir sin progreso y sin meta.

defensas contra la historia

El hombre arcaico ha experimentado la necesidad profunda de suspender el tiempo; de abolir, de algún modo, la historia. Y surgen los mitos relativos a ello.

Los estudios modernos han revalorizado al mito. Es éste la expresión, mediante imágenes y anécdotas simbólicas, de procesos de la naturaleza, de relaciones de los seres no comprendidas científicamente, sino intuitivamente. Cuando el primitivo plas-maba en ritos simbólico-culturales la anécdota mítica, experimentaba y comprendía en ellos la significación de la existencia, y se comprendía a sí mismo. Proceso de conocimiento simple y rico y fundamentalmente trascendente, pero sin el lúcido desnudo esencial de la abstracción puramente mental de la idea.

Las cosas son como un doble o una sombra de otras realidades. En la línea de esta ontología arcaica hay que ubicar a Platón: las realidades sensibles son imágenes de Ideas eternas, supracelestes.

Todo lo que nos rodea y conforma nuestra historia es pura eventualidad sin sentido, para el arcaico, si no participa del modelo o *arquetipo* supraceleste. ¿Cómo lograr esa participación? Mediante gestos de *actualización del mito*, del hecho operado por el arquetipo. En concreto, tratándose de la historia irreversible, ¿qué hacer? Hubo un tiempo ("illo tempore") en que un dios o un demiurgo creó; hubo pues un comienzo, desde un *caos* primordial a un *cosmos* (creación ordenada). Según la creencia arcaica, reproduciendo simbólicamente el gesto del arquetipo se *domina* la fuerza de la naturaleza. Repitiendo, pues, litúrgicamente, el gesto creador (realizado más allá del tiempo), *se domina al tiempo*, remontándose al instante auroral. Resulta, así, *la abolición del tiempo*, proyectándose a la época mítica.

Es verdad que después la historia seguía con su dolor. Pero el alivio de un corte significaba una *regeneración*.

¿Cuáles eran en concreto los ritos de regeneración de la historia? Hubo dos grandes mitos de huída de la historia: de *repetición* (o mimesis retrospectiva) y de *eterno retorno*.

En todos los pueblos hubo alguna celebración de Año-nuevo, según sus respectivos calendarios, en formas rituales, que significaban volver al instante de la creación. Generalmente había una fase orgiástica significando el caos que precedió a la creación. El mismo sentido tenía la celebración ritual de las *estaciones del año*, especialmente la primavera, cuando se unían en matrimonio el Cielo y la Tierra y comenzaba la vida... En fin, se trata de romper el ritmo de la pura transitoriedad gratuita de las cosas, siempre en línea recta, implacable, insoportable.

Llama la atención la universalidad de estos ritos, como lo ha puesto de relieve Mircea Eliade (1).

Nadie quizás vence en audacia a las creencias de la India. La creación se operó en el sacrificio arquetípico de Agni: de ese fuego, sobre el ara, surgió el ser de las cosas. El ser-creado ha nacido en la cuna del altar... Y el sacrificio brahmánico tiene idéntico sentido, pues opera una "coincidencia" del instante creador y el actual: es su realización. Por eso, marca una re-creación del mundo y de la historia (2). Supone pues la abolición del tiempo y la regeneración continua del mundo. El ara es un triunfo sobre el dolor de la historia.

El griego, buscando una formulación más lúcida y sintética, la encuentra en el mito del *eterno retorno*: historia circular, repetición cíclica infinita de los procesos de nacimiento y muerte del cosmos. Si todo se anula, muere, *todo vuelve a empezar*. Algo que en algún sentido equivale a reversibilidad del tiempo. Denota un ansia metafísica de permanencia del ser. Un hacer más soportable la transtoriedad.

Este mito de eterna repetición aparece con majestuosa grandiosidad en las tradiciones védicas (3), en su afirmación de la destrucción y creación periódica del cosmos. Una sinfonía cósmica.

(1) "Le Mythe de l'éternel retour" (Gallimard, Paris).

(2) Catapatha Brahmana VI, ú, 1 y ss.

(3) Atharva Veda X, 8, 39-40.

mica en la que se orquestan *auroras* y *crepúsculos*, en atrevidos crescendos que alcanzan la luz del cenit, y morendos que se adentran en la noche y el silencio.

En una perspectiva exclusivamente individual, esa voluntad de *fuga del tiempo* y rechazo de la historia, será lo que induce al viejo brahmán a proponerse escapar "por las puertas de la luna y del sol, para ir a juntarse con el insondable Prajapati".

El Nirvana, cumbre de una serie de evasiones de "tierra en tierra", vence el dolor de la historia despojándose de todo deseo; en otras palabras, negando todo compromiso con la historia, es decir, finalmente, una huida de la historia.

el hombre "histórico" batido por la historia

Desde Hegel la historia se valoriza cada vez más: cada evento es un peldaño de la escalinata del progreso, en cuyo rellano final será la epifanía del Espíritu Universal.

Más modernamente aún lo temporal, lo histórico, es sencillamente una categoría de la existencia humana. El moderno es y se quiere histórico.

Para Marx la historia tiene un sentido preciso, determinado por ley necesitante, intrínseca: la dialéctica. El dolor deberá terminar en la meta del hombre "salvado" en el paraíso socialista; pero mientras tanto será un término dialéctico ineludible. Pródromo de una ruta puramente terrestre pero feliz sencillamente.

En la filosofía historicista, el hecho histórico encuentra su justificación en sí mismo, sin necesidad de contemplarlo como un eslabón funcional que un futuro justificará. ¿Queda eliminado el problema del dolor de la historia? Las grandes catástrofes nacidas desde el seno de energías ciegas de la naturaleza, miradas con horror religioso por nuestros antepasados del mundo arcaico, son hoy cada vez menos temidas, porque las energías del mundo se someten más y más al poder del hombre. El poder técnico-científico del hombre contemporáneo ha llegado a una

grandeza épica. Pero acontece que este mismo hombre no sabe darle forma; no ha encontrado el gobierno de su propio poder. Y el mundo de la amenaza y del dolor sigue presente. Los hongos atómicos han proliferado; y algún centenar de megatones podría ser, quizás, la ecuación de la nada para el cosmos.

En cuanto al existencialismo ateo, como un estallido de absurdo y gratuidad de la historia, se ha instalado como un juicio implícito de un pro historicismo, sin justificación en sí ni en Otro.

Decididamente, el hombre moderno sigue siendo víctima del dolor cotidiano, banal, anónimo. Y sigue deseando eternidad. Sigue vigente la afirmación de Nietzsche:

*"El dolor dice: ¡pasa!
Pero toda alegría quiere eternidad,
¡quiere profunda, profunda eternidad!"*

**año nuevo
mito
de huída**

Reafirmemos una vez más: una historia que deviene en el interior de un tiempo en implacable avance, sin caminos de vuelta, sin una meta esperada, resultaría difícil de tolerar. Practicar ciertos "cortes" en el tiempo significa un respiro, un alivio. La misma naturaleza con sus estaciones anuales, sus días y noches, mitiga la virulencia temporal.

Coloquémonos en una hipótesis de devenir sin "cortes": sin días-noches, sin semanas, sin años nuevos. Una especie de año largo, inacabable... ¿Sería tolerable? ¿Cómo se defendería el hombre ante ese monstruo sin rostro que se desliza a su lado sin terminar de pasar?

La celebración de año nuevo (primero de enero, fecha arbitraria) expresa la necesidad de *volver a comenzar*. Arrancar como por primera vez. No es una solución *desde adentro*, valo-

rizando la historia, sino al revés, una devalorización histórica. Aunque teóricamente se profese otra teoría. Más aún: año nuevo es la expresión paradójica de la añoranza de eternidad, celebrando el tiempo que transcurre.

Su celebración cuasi-ritual ya hace sospechar que sus raíces beben en el mito. Un conato de elevarse a una especie de pretérito absoluto; a un "bereshit" primordial anhistórico. Mímesis del gesto creador.

Desde luego, a un nivel conciente, crítico, nadie hoy se apoya en el mito. Pero si nos atenemos a la opinión de Jung, los mitos tienen su asiento en la estructura de la psique. Hay ciertos "núcleos significantes" que dan el primer impulso para la formación de los mitos. Fuera de una existencia de nivel arcaico, esos núcleos operan desde la esfera de lo espontáneo, fuera del dominio del pensamiento y consiguientemente de la voluntad opcional. El hombre apolíneo (bajo la paternidad de Sócrates) no cree en los mitos, pero no por eso ellos desaparecen; bien lo traicionan, por ejemplo, los símbolos oníricos. Son constantes colectivas inconcientes.

Año-nuevo: mito de defensa contra la virulencia de la transitoriedad, mito de eternización del tiempo. Mito de huida de la historia.

mito y misterio

En plena época arcaica ocurrió en la historia algo nuevo: el llamado vertical de Dios a Abraham (Gén. 12); un semita caldeo; llamado que pretendía imprimirle un sesgo especial y determinado a su historia personal. Y Abraham introduce algo inédito, revolucionario, en la historia, con la *respuesta de su fe*. Hasta ese hecho, la humanidad arcaica huía de la historia mirando hacia atrás, a los arquetipos míticos, porque los eventos profanos del presente no tenían sentido y traían del brazo al sufrimiento absurdo. Pero la *fe* de Abraham (y de Israel en general) convierte la historia en *tiempo de esperanza*; mira esen-

cialmente al futuro, no al pasado; y el devenir no es ya una mera repetición de ciclos que se suceden fatídicamente, sino un *progreso* hacia una Plenitud mesiánica. Para la *fe cristiana*, un Centro que recapitulará todo acontecer: Cristo, la "anakefalaiosis", o recapitulación de todo (Col. 1, 10). Tal fe defiende, evidentemente, al hombre, del terror de la historia. Más aún: la historia se convierte en coordenada de las teofanías y revelaciones divinas. En último análisis, en ontofanía.

En lugar del mito adviene el Misterio, silenciado desde la eternidad en Dios, y ahora revelado: Cristo-Salvador (Rom. 16, 25). Y el tiempo conviértese en *Historia de Salud*. El mito quiso *eternizar la historia*; pero el *Mysterion* viviente *historiza la Eternidad* para que el hombre *en la historia* se vuelva eternidad... La fe judeo-cristiana no sólo supera el terror del tiempo, sino que lo salva desde el interior de la persona y *lo transforma en teología*, que, a su vez, cava en el *Mysterion*.

Ninguna dialéctica historicista valoró tanto la historia como la fe cristiana, que parte de la afirmación inaudita de que *Dios en Cristo se hizo historia*.

El mito, ya sea formalmente admitido en el hombre primitivo, como el que sigue actuando desde el fondo de la psique del hombre moderno, es sin duda un grito postulando salvación. Dios lo ha oído: porque la Encarnación no es sólo un abstracto asumir la carne humana. Dios ha intervenido hasta el inconciente colectivo para cumplirlo y salvarlo; el Logos se sumergió en él; habló con su lenguaje, tomó sus categorías.

Celebrar Año-nuevo en nuestro mundo es un gesto que surge de raíces míticas, que pide eternidad. La Iglesia no tiene en su calendario litúrgico ningún año nuevo fijado en un día determinado. Pero el comienzo de su ciclo litúrgico anual es el *misterio de Adviento*. Y el Adviento es un entrañable grito de esperanza de fuego: ¡Que las nubes lluevan al Justo y la tierra dé a luz al Salvador! Y luego de cuatro semanas de espera, a las doce campanadas del 25 de diciembre, hay un desborde de alegría; pero no es la alegría mítica de año-nuevo, que imita orgiásticamente al caos primordial, intentando disimular la desilusión del año-viejo; sino alegría silenciosa, iluminada por la luz de una estrella. Y la Eternidad aparece injertada en una historia con rostro de niño, para hacernos revivir una infancia tal vez golpeada y marchitada por el dolor de una historia.